



## REVISTA DE LOS CAZADORES.

## EL PAVO SILVESTRE.

POR M. AUDUBON.

La talla y la belleza del pavo silvestre, su fama como *manjar*, y la circunstancia de ser origen del pavo doméstico, extendido por ambos continentes, hacen de este ave una de las más notables y dignas de estudio entre todas las que viven en los Estados-Unidos de América.

Las partes inhabitadas de los Estados de Ohio en Kentucky, Illinois é Indiana, inmensa extension de países que ocupa el Nor-Oeste de estos distritos, sobre el Mississipi y el Missouri, y las vastas regiones bañadas por estos dos rios desde su confluencia hasta la Luisiana, comprendiendo las partes más frondosas de los Arkansas, del Tennesseo y del Alabama, son los lugares donde en mayor número se encuentra esa manífica ave. Méenos abundantes en la Georgia y en las Carolinas, todavía es más rara en la Pensilvania y en la Virginia.

En el curso de mis investigaciones á través de la isla Larga, el Estado de Nueva-York y el terreno que se extiende al rededor de los lagos, ni un solo individuo encontré,

aunque me han asegurado que se encuentran algunos. Los hay todo á lo largo de la cadena de los montes Alleghany, donde se han hecho tan extremadamente meticulosos, que solo con mucha dificultad es posible acercarse á ellos.

Antes de hablar de la caza, voy á describir las costumbres de este ave, tales como las he observado en el país donde más abundan,

El pavo solo es viajero á medias, y del mismo modo solo á medias se reúne en bandadas. Hacia los primeros dias del mes de Octubre, cuando apenas algunas semillas y frutos se han desprendido de los árboles, reúnen en bandadas, y poco á poco penetran en las fértiles regiones del Ohio y del Mississipi.

Reunidos los machos en número variable desde diez hasta cien individuos, tratan de proporcionarse el alimento sin contar para nada con las hembras: estas por su parte tambien se separan: algunas hacen aisladamente sus provisiones; otras se acompañan de sus polluelos, y las demás se reúnen en bandadas de setenta á ochenta individuos: todas procuran evitar cuidadosamente el encuentro de los machos viejos, que atacan

á sus hijuelos y á veces los matan á fuerza de golpes asestados en la cabeza.

Unos y otras siguen, no obstante, la misma direccion, y siempre á pié, á ménos que su marcha no sea interrumpida por un río, ó que los perros de algun cazador les obliguen á alzar el vuelo. Cuando llegan á las márgenes de un río se reunen sobre las eminencias más elevadas, y allí permanecen un dia entero, algunas veces dos, como si tuviesen algo que deliberar. Durante este tiempo gritan los machos con toda la robustez de sus pulmones, haciendo así un ruido infernal: se les ve andar pavoneándose, como si pretendiesen elevar su valor á la altura de las circunstancias en que se encuentran. Tambien las hembras y los jóvenes imitan el modo de andar solemne de los machos; desplegan su cola, y corren los unos alrededor de los otros, cloqueando fuertemente y dando saltos extravagantes.

Por último, cuando el tiempo está en calma, y cuando todo en aquellas inmediaciones respira tranquilidad, la bandada sube á la copa de los árboles más elevados; desde allí atiende á la señal que dá uno de los guías con un solo cloqueo, y cuando este se oye, todos á la vez remontan el vuelo y se encaminan hácia la línea opuesta. Los adultos y vigorosos atraviesan sin dificultad el río cuando este tiene sólo una milla de latitud; pero los jóvenes y los ménos robustos caen con mucha frecuencia en el agua. Sin embargo, no se ahogan: aprietan las alas contra su cuerpo, y su cola desplegada ayuda á sostenerlos; extienden el cuello, y auxiliándose enérgicamente con sus piernas, se dirigen con la mayor rapidez hácia la orilla. Al llegar á ella, cuando las márgenes, por ser excesivamente escarpadas, les impiden subir, se detienen algunos momentos, y en seguida se dejan ir con la corriente hasta que arriban á un punto accesible, y haciendo un esfuerzo violento, casi siempre consiguen salir del agua.

Es de notar que no bien acaban de atravesar una gran masa de agua, corren por algunos instantes en todas direcciones, como si estuviesen dementes: en tal estado son con frecuencia fácil presa de los cazadores.

Cuando llegan los pavos á los lugares en que abundan las semillas, se separan en ban-

dadas más pequeñas, en las que los individuos de todos sexos y edades se confunden para devorar todo cuanto encuentran al paso. Esto se verifica á mediados de Noviembre; y despues de tan largo viaje, de tal modo suelen hacerse familiares, que se acercan á las habitaciones, mezclándose con las aves de corral, y hasta buscan su alimento en los establos y en los graneros. Recorriendo de este modo las selvas, y alimentándose con frecuencia de los frutos de los árboles, pasan el otoño y una parte del invierno.

Á mediados de Febrero comienzan á sentir la necesidad de la reproduccion. Sepáranse las hembras y se alejan de los machos, que las siguen con perseverancia. Los individuos de uno y otro sexo se encaraman sobre distintos árboles, pero á poca distancia entre sí. Cuando la hembra lanza su grito excitador ó de asentimiento, le responden los machos por medio de sonidos que repiten con rapidez. Si el grito de la hembra fué exhalado desde tierra, al instante descienden los machos, y apenas tocan al terreno cuando se les vé desplegar y enderezar su cola, tender la cabeza hácia atrás alargándola hasta la espalda, bajar sus alas con un sacudimiento convulsivo, y andando con una gravedad solemne se detienen de vez en cuando para escuchar y ver cuidadosamente, y continúan estos movimientos sea que hayan visto ó no á las hembras.

En tales ocasiones sucede con frecuencia que se encuentran los machos, y entonces se entregan á combates encarnizados, que concluyen por heridas, y algunas veces por la muerte de los más debiles, que sucumben á los reiterados golpes que los vencedores les dan en la cabeza.

Muchas veces he asistido á uno de estos espectáculos, en que dos machos, avanzando unas veces y otras retrocediendo, se entregaban á una lucha encarnizada, con las alas caidas, la cola medio erecta, las plumas en desórden y ensangrentada la cabeza. Si en medio del combate cede uno de ellos para respirar, ó si desmaya su ánimo, es perdido, porque procediendo el otro con energía y acometiéndole violentamente con las uñas y las alas, antes de muchos minutos consigue echarle en tierra. Cuando ha muerto uno de los combatientes, el vencedor lo huella con sus piés; pero, ¡cosa extra-

ñal no con la expresion del ódio, sino manifestando un sentimiento de cariño.

Cuando la hembra ha sido descubierta por el macho; cuando este se aproxima y tiene ella más de un año, se ve que al instante se pone á cloquear y se pavonea; gira alrededor del macho, mientras que este continúa sus movimientos; más de súbito, abriendo sus alas, se precipita delante de él; y como si pretendiese poner término á tanta dilacion, se deja caer y recibe sus tardías caricias. Si la hembra es más jóven, el modo de obrar del macho es distinto: se pavonea con ménos magestad y más vigor; sus movimientos son más rapidos; algunas veces vuela en torno de la hembra á modo de los pichones, y al momento que se deja caer en tierra, se pone á correr con todas sus fuerzas, casi arrastrando las alas y la cola; aproximase en seguida á la tímida hembra, y suavizando su voz del mejor modo que le es posible, procura destruir el temor que ella parece manifestar, y por último cuando la hembra consiente en recibir sus caricias, el macho se las prodiga sin tasa.

(Continuará.)

## EL CABALLO DE CAZA.

Respecto á caballos, yo profeso una teoría absoluta debida á mi larga práctica y que no me será difícil sostener. Esta teoría consiste en la excelencia y la superioridad del caballo de pura sangre sobre todos los demás. En él se encuentran reunidas á la par la viveza y la fuerza, si bien de algun tiempo acá, por una teoría errónea, se ha sacrificado á la primera la segunda de estas cualidades. Pero los inteligentes saben sin duda alguna encontrar el equilibrio de la viveza y la fuerza. Dad á un caballo el poder necesario para resistir á la fatiga de una carrera llena de obstáculos, y tendreis el verdadero tipo del caballo de caza que yo presento. Encontrareis en el caballo de pura sangre esas formas sin tacha, ese ojo brillante y ligero, ese ardor y valor que necesita, sin duda alguna, para hacer frente á la doble necesidad de resistencia y valor que el ejercicio de la caza exige. No os dejéis alucinar por lo mucho que se os ponde el carácter difícil del caballo de pura sangre. La mayor parte de los defectos que se le achacan son puramente calumnias. El caballo de pura sangre no es vicioso por naturaleza, si bien puede llegar á serlo no rodeándole de los cuidados y del esmero que su aristocracia exige. Si le maltratais,

os ofrecerá una resistencia en razon de su fuerza natural; pero en este caso á vosotros y no á él debe culparse. Por lo demás, cuando se le ataca ó castiga injusta ó temerariamente, se arroja hácia adelante, merced á un salto vigoroso y rápido. Ahora bien; ¿no os parece esta la más natural y ménos peligrosa de las defensas?

La talla es asunto importante al escoger un caballo de caza. Si es muy pequeño, corre y llega sobre el obstáculo sin verlo; si grande, corre riesgo de ser débil de piernas y poco diestro. Los ingleses, que poseen, como es sabido, una inteligencia especial en todo lo concerniente al *sport*, escogen para la caza caballos que midan de quince á diez y seis palmos. Si amaestrais vuestro caballo, y si disponeis de los medios y tiempo suficientes, voy á aconsejaros evitar un defecto que no he notado hasta esta primavera, sirviéndome de un caballo de caza para pasear. Este consejo es que no le refreneis muy á menudo. Lo que gana así en gracia, lo pierde en viveza, y al llegar cerca de un obstáculo lo salvará con ménos franqueza y resolucion porque lo apercibe de más cerca.

Una de las primeras cualidades necesarias al caballo de caza es que sea ligero á la mano. Esta ligereza la obtendreis buscando en el caballo la cabeza pequeña, el cuello largo y delgado sobre todo, lo que facilita sin duda alguna el juego de la cabeza: llamo la atencion sobre este punto, por ser de una importancia capital. El antebrazo del caballo de caza debe ser mucho más ligero que el del caballo de carrera, propiamente dicho: en este último no es verdaderamente un mal que las ancas se encuentren elevadas una pulgada ó dos, porque en esta disposicion arrojan y proyectan hácia adelante todo el peso de la máquina y le imprimen viveza; al contrario en el caballo de caza, que obligado muchas veces á franquear un obstáculo de bastante altura, es preciso que el antebrazo sea elevado y ligero á la vez. La espalda en el caballo de caza debe ser más desarrollada y saliente que en el de carrera: el pecho más ancho, y más extensos los hijares, para dejar más espacio á los latidos del corazon, á la circulacion de la sangre y al juego del aire en los pulmones. La pierna será más larga, sobre todo á partir desde la rodilla; y la babilla más corta tambien y conservando cierta oblicuidad: la babilla larga es sólo para el caballo de carrera llana, porque dá á su pierna la elasticidad que necesita para amortiguar el choque que sigue á sus formidables saltos, con los que cubre á veces veintiocho piés de terreno; pero esta misma elasticidad trae consigo una debilidad cierta. Así no es difícil ver al caballo de carrera caer cojeando (*break-down*) sobre el terreno mismo. El salto del caballo de caza (*steeplechasse*) es menor, pero su fatiga es

muy considerable y necesita de mucha fuerza; su forma general debe ser muy compacta y recogida.

Mirad el pié del caballo con más cuidado, si cabe, que su cabeza. Un pié estrecho y contraído es un defecto en la raza de caballos de carrera, propiamente dichos; y sin embargo, estos caballos ejecutan sus hazañas sobre el terreno llano y preparado de un hipódromo, mientras que los caballos de caza tienen por teatro de sus correrías campos pedregosos, y caminos duros y arenosos. Tened también mucho cuidado con la posición del pié: debe ser todo lo derecha posible; pero si tuviese alguna inclinación, esta debe ser de dentro á fuera y no de fuera á dentro, sin lo cual la marcha no tendría seguridad alguna en caso de fatiga ó sobrecarga, siendo conveniente que el jarrete se halle bien unido al cuerpo.

No es necesario que el caballo de caza cubra en su galope tan gran espacio como el caballo de carrera. Lo que es una ventaja para el uno, sería un defecto para el otro. Si la carrera que se ha de recorrer es larga y el jinete pesado, es un grave inconveniente, siendo la desventaja mayor, si se marcha por sitios en los que el pié del caballo se hunda en el terreno. El caballo de carrera desflora el suelo, y el de caza penetra en él profundamente, y el esfuerzo que verifica por consiguiente para desasirse, le fatiga en alto grado. Ya conocéis también la superioridad del caballo delgado de cuerpo en países montañosos y accidentados.

No trato de entreteneros con el trabajo preparatorio que pone al caballo de caza en su estado verdadero. Es el mismo sistema que se sigue con el caballo de carrera, y que se compone, á decir verdad, de dos partes: una médica y otra gimnástica, proponiéndose con la una y la otra aumentar el poder de los medios de acción, y suprimir del organismo toda pesadez inútil.

(Continuará.)

## CARTAS SOBRE LA EXPOSICION UNIVERSAL.

### I.

Sr. Director de LA CAZA.

Mi querido amigo: He llegado á esta capital, doce días después de haberse inaugurado la exposición, y me encuentro con que la exposición no existe todavía en el Campo de Marte, donde un enjambre de millares de trabajadores se ocupan en la colocación de los objetos y en la terminación de las obras, que están algunas de ellas en embrion. No creo que los trabajos quedarán concluidos hasta mediados de Mayo, que es cuando en realidad deberá visitarse; pero esto no impide que haya en París, en sus alrededores,

en los cafés, en las fondas, en todas partes, una exposición viviente que llama la atención y excita la curiosidad de los que por primera vez visitan esta población, de los que vienen aquí periódicamente y de los mismos habitantes. Me refiero á esta variedad de tipos, de trages, de idiomas, que hace de París una verdadera Babilonia.

Precisado á dar á V. noticia de cuanto crea digno de trasladarse á las columnas de LA CAZA, me encuentro con dos inconvenientes: es el primero, que por ahora no es fácil hacer una reseña formal y metódica, porque ni los objetos están en sus respectivos departamentos, ni es posible hacer un estudio, siquiera superficial, en poco tiempo: el segundo consiste, en que siendo la exposición, principalmente, el concurso de los adelantos de la actividad humana en sus manifestaciones materiales, no es fácil hacer un trabajo especial para un periódico que, como el de V., no toma parte en la vida industrial sino en lo relativo á la construcción de las armas.

Sin embargo, en la exposición hay bastante que deben conocer los aficionados al estudio de la zoología y al ejercicio de la caza; pero me parece conveniente dar antes en mis primeras cartas una ligera idea de la exposición, porque la especialidad de esa publicación no debe ser obstáculo para que se consigne en ella lo más importante del gran acontecimiento que están presenciando en París todos los países del mundo.

La exposición de París de 1867 es, sin duda alguna, de mayor importancia que la celebrada en Londres en 1862, porque es doble el número de expositores y hay más variedad en los objetos expuestos.

Todas las naciones se han esmerado á porfía por estar dignamente representadas, y no es España la que menos parte ha tomado en esta noble lucha, como tendré ocasión de demostrar.

Uno de los edificios que más han gustado á cuantos han visitado la exposición, es el *Pabellón de España*, que se ha construido bajo la dirección del arquitecto Sr. Gándara, quien ha dado en esta obra una prueba más de su merecida reputación. Dicho pabellón es una copia del precioso palacio de Monterey, de Salamanca, cuya ciudad, lamentablemente olvidada de los arqueólogos, posee muchos edificios aun más notables que el elegido por el Sr. Gándara por modelo; pues en mi concepto esta elección se ha debido á que su forma se presta más al objeto á que se ha dedicado.

Debo consignar aquí una circunstancia que no creo haber visto en ninguno de los periódicos que se ocupan de este asunto. La fachada que vemos del palacio de Monterey, es la que debió tener si se hubiera concluido, lo que no sucedió desgraciadamente. Hoy la entrada al edificio en Salamanca es

por uno de los ángulos. Cuando yo lo vi y tuve ocasion de admirar su forma arquitectónica, estilo de Berruguete, estaba destinado á Liceo artístico y literario.

El Campo de Marte ocupa una superficie de 46 hectáreas. El palacio de la Exposicion, que está rodeado de un parque donde cada país ha construido sus edificios, consta de 140,184 metros cuadrados, que distribuyó la comision imperial del modo siguiente: Francia, 61,314; Inglaterra, 21,653; Austria, 7,880; Prusia, 7,880; Alemania del Sur, 7,879; Bélgica, 6,881; Italia, 3,249; Estados-Unidos, 2,867; Rusia, 2,853; Suiza, 2,691; Países Bajos, 1,897; Suecia y Noruega, 1,823; Brasil y repúblicas americanas, 1,808; ESPAÑA, 1,664; Turquía, 1,426; Marruecos y Tunez, 1,030; China, Japon, Siam, 792; Dinamarca, 751; Portugal, 713; Grecia, 713; Persia, 713; Roma, 554; Principados unidos, 554, y Egipto, 396. Como V. verá, á España le ha tocado muy poca parte, de cuyo hecho he oido quejarse á algunos de nuestros expositores.

Y basta por hoy: que ni tengo tiempo para escribir más, ni otra cosa puedo decir á las 48 horas de mi llegada.

Suyo afectísimo

J. M. S.

Paris 15 de Abril de 1867.

## II.

Ayer he asistido al Campo de Marte con objeto de fijarme exclusivamente en la parte española, y me he encontrado con un regalo que no esperaba, y de cuyo asunto habia oido hablar sin darlo crédito. Un caballero alto, seco, con patillas bastante pronunciadas, gravedad ridícula y vestido de negro, se acerco á mí, y previa una cortesía apenas perceptible, me dió un librito protestante escrito en castellano: pocos minutos despues un caballero genovés, amigo mio y compañero de posada, recibió un cuaderno que le fué entregado por otro señor de parecida facha: era copia exacta impresa en italiano del libro que yo habia recibido. Como V. comprenderá, esto demuestra que la sociedad bíblica de Lóndres tiene libros para todos los idiomas, y se vale de agentes que conocen en la cara la nacion á que corresponde cada individuo. Si el resultado de una doctrina cualquiera hubiera de calcularse por la propaganda que se hace, á estas horas no habria en Europa más que protestantes.

Pero dejando esto á un lado, voy á decir á V. algunas palabras, como resultado de la impresion que me ha producido la visita de hoy. He visto con gusto que la instalacion adelanta, y creo que nuestro país debe estar orgulloso de sus comisionados y de sus expositores, toda vez que más de una publicacion francesa ha confesado, haciéndonos justicia, contra su costumbre, que ha

faltado poco para que España sea la más brillante de todas las naciones. El número de expositores españoles pasa de 2,000, y es notable la variedad de objetos expuestos, entre los cuales figuran la alfarería, productos farmacéuticos, forestales, industriales y agrícolas de varias clases.

En cuanto al material y método de enseñanza figura España en segundo lugar, pues ha enviado 91 expositores, siendo así que de Austria, Italia é Inglaterra, que son las que la siguen, no se han presentado más que 70, 52 y 35 respectivamente. En vinos estamos tambien dignamente representados, pues se han expuesto cerca de doscientas clases, entre las cuales las hay de la mayor parte de las provincias. Diez son los expositores de armas, de los cuales me he de ocupar con más detenimiento, pues que es asunto que está dentro del objeto de nuestro periódico. Respecto de pinturas, las hay de nuestros primeros artistas, y creo que no quedaremos los últimos en la distribucion de premios.

Una de las cosas que más me han llamado la atencion es la coleccion de productos forestales que se han remitido de nuestras islas Filipinas, y que contiene cerca de 200 ejemplares de madera de construccion: tambien ha enviado preciosos minerales, algunas manufacturas y trozos de fósiles. Es considerable el número de plantas medicinales, entre las cuales las hay para la curacion de heridas y de mordeduras de animales venenosos.

Esta semana escribiré á V. dándole una idea general de la exposicion, y me dedicaré en las cartas sucesivas exclusivamente á lo que tiene relacion con la índole de LA CAZA.

Siempre suyo afectísimo amigo

J. M. S.

Paris 22 de Abril de 1867.

## ¡VAMOS Á TÓRTOLAS!

Hé aquí la pregunta de ordenanza que se deja oir desde el 25 de Abril en los corros, pues desgraciadamente no puedo llamar, como quisiera, círculos á los que abundan en esta capital.

Esta es la voz alarmante que se propaga por todos los aficionados, trastornando los cascos del más cuerdo de los entusiastas por esta caza, que se efectúa en los tiempos y modos siguientes:

Llegada la primera temporada, esto es, á fines del mes de Abril y principios de Mayo, cuando los prados y barbechos se encuentran en su mayor lozanía y casi desprendiéndose de sus flores las semillas ya cuajadas y endurecidas, que han de ser su primer alimento; cuando la primavera ha llegado á su plenitud haciendo ostentar á las plantas toda su fuerza vegetativa, entonces, como por encanto, se ven llegar, siempre por el lado de Mediodía, docenas de bandos de enflaqueci-

das tórtolas, pero adornadas de celestial plumaje, y detenerse á la vista de nuestras verdes campiñas, queriendo saciar en ellas, con apetito africano, las privaciones sufridas en su ultramarina emigracion, no echando en cuenta que son ellas las destinadas á saciar á mil infatigables enemigos, que hace dias las esperan ocultos ingeniosamente á la entrada de los comederos, en sus dormidas en los bosques, pinares, alamedas y aljarafe: por todas partes, y en donde ménos se piensa, se encuentran ocultos enemigos, que con certeros disparos consiguen, segun mi cálculo, diezmar en los quince dias de entrada ejército tan inocente.

Cesa al fin esta primera persecucion, pero con tan corta tregua, que ya á mediados de Junio empieza la segunda tirada, mucho más incómoda para el aficionado por el excesivo calor, pero de más fatales consecuencias para los pájaros que, refugiados en los centros de las grandes dehesas y aljarafe, se entregan ya nutridos con mejores semillas, al forzoso instinto de la procreacion.

Ya no se ven las tórtolas en bandos, sino que apareadas y ocultas, se dedican á la postura y saca de sus blancos y tambien pareados huevos.

En esta situacion, el cruel y tenaz *tortolero*, solo ó acompañado, se hace trasladar por las líneas férreas á los sitios más próximos á los abrevaderos ó arroyos, y á los rastros que lindan con las mansiones antedichas; y allí, siempre ocultos en sus puestos, esperan al salir la aurora (llenos de agonía) las desgraciadas parejas, que á sus primeras luces empiezan á bajar y volver varias veces al dia por la comida y bebida que han de tomar para si y llevar á sus tiernos pichones. Aquí se le ocurrirá decir á cualquiera: ¿Cómo con tan continuado fuego no se las hace variar de rumbo, teniendo tanta extension por donde lograr su objeto, y cómo ha de hacer el aficionado que, estando en uno ó dos puestos, lleguen á pasar precisamente por cima de sus cabezas? Este es, efectivamente, el *quid* en estas tiradas; pero se hará más fácil esta dificultad teniendo en cuenta la instintiva propension de estos animales á seguir siempre y todas un mismo camino y direccion en su vuelo, buscando siempre, bien si la hay, una frondosa alameda, ya un continuado lomo, la orilla de un pequeño arroyo, la linde de un olivar ó un simple vallado; y solo á tiros abandonan su itinerario, para buscar otro al dia siguiente más seguro. Aquí es donde ocurre lo que los aficionados llaman *pasteles*; esto es, llegar tarde á un sitio, que es lo mismo que llegar á los postres y haber gastado el tiempo y el dinero. De aquí tambien el sigilo egoista con que se ocultan las palomas tiradas y los disgustos que unos á otros se proporcionan. Hasta aquí la segunda temporada, *debiendo asegurar* que serian muchos

los bienes que proporcionaria su completa supresion; pero no se quieren conocer, ni donde falte la unidad se puede convencer ni aun discutir.

Pasemos, pues, á la tercera tirada en la verdadera época, que puede fijarse en los primeros dias de Setiembre, y aun despues en Octubre, segun se retrase ó adelante la estacion; este tiempo, más comodo y divertido por la simultánea diversion de tórtolas, codornices, perdices y otras muchas aves, no parece sino que está convidando y llamando á los aficionados á gozar y satisfacer á poca costa su aficcion: así sucede ciertamente, y no pasa dia sin verse compañías de cazadores de todas clases, distinguiéndose siempre los tortoleros, gente alegre, que cargados con su indispensable banquillo, cantarilla y municiones, vá dispuesto á volver al dia siguiente, convertido poco ménos que en diablo; pero ostentando pendientes en su bandola, los resultados de su más ó ménos suerte y habilidad, que ha de consistir, para venir satisfecho, en el número de 25 á 30 pájaros en los tenidos por tiradores regulares, pues es muy comun en algunos aprovechar hasta el número de 60, 70 y más, en las tiradas buenas.

Dejo al lector aficionado, que por sí, segun su habilidad y destreza, calcule los tiros que gastaria; teniendo en cuenta, si no conoce estos pájaros, la ligereza y poder de sus alas, la perspicacia de su vista, oído, etc., sin contar otras causas secundarias, cuales son; la agitacion no natural del pulso, producida por el insomnio pasado, por el exceso de calor, inapetencia subsiguiente, y sobre todo, veinte ojos fijos que le han de pedir cuenta de la pausa ó precipitacion en su disparo.

Concluya por si el lector, y saque la consecuencia; que yo lo haré aquí, diciendo; que entre nuestros aficionados (y no refiero singularidades) las matan, seguidas una tras otra, por docenas.

M. J. T.

Sevilla 28 de Abril.

## CARTAS DE JULIO GERARD

SOBRE LA CAZA DEL LEON.

Señor Director.

Durante el mes de Marzo del año 1846, una leona depositó sus hijuelos en un bosque llamado Ghela-ta-Gebba, situado en la montaña de Meziour en el país de los Ouled-Hallhac. El jefe de esta tribu, Zidems, acudió á Sedek-Ben-oumbarck, jefe de la tribu de los Beni-Fourral, su vecino, y en el dia convenido, treinta hombres de cada tribu se encontraban reunidos en la cima del Meziour á la puesta del sol. Los árabes, despues de haber rodeado el bosque en todos sentidos, prorrumpieron en ruidosos *kurras*, y no viendo apa-

recer á la leona, se apoderaron de dos leoncillos de un mes que yacían sobre la yerba.

Retirábanse alegremente creyendo no tenían ya nada que temer de la madre, cuando el Sedek, que se había quedado un poco atrás, la vió salir del bosque y dirigirse hacia él: viéndose en semejante conflicto se apresuró á llamar á su escudero Mesad-Bel-Hade y á su amigo Ali-beu-Braham que acudieron á su socorro. La leona, en lugar de atacar al chaíque que marchaba á caballo, se arrojó de un salto sobre el escudero que marchaba á pié. Este recibió el ataque valerosamente, y disparó á boca de jarro sobre la leona; el tiro falló. Messaoud arrojó entonces su fusil y presentó á la leona su brazo izquierdo. Esta le coge con furor; pero mientras tanto el valeroso indígena, sin dar un paso atrás, sin exhalar un gemido, saca una pistola que llevaba oculta bajo su albornoz, é introduce á la leona dos balas en el vientre, que le obligan á soltar su presa. En este momento se lanza sobre Ali-ben-Braham que le envía inútilmente una bala; herido en la espalda, con un dedo de la mano derecha cortado, la mano destrozada y en muchos lugares las carnes destrozadas, Ali-ben-Braham no debió su vida sino á la muerte de la leona que espiró sobre él. Ali-ben-Braham vive todavía, aunque muy destrozado: Messaoud murió á las veinticuatro horas de este encuentro.

Poco tiempo despues el mismo chaíque Sedek-ben-Oumbark vino á Ghelma y me dijo: una leona se ha instalado con sus pequeñuelos en Johed-Meziour; destroza por completo nuestros ganados y el kaid Zideus se halla con sus árabes. Ninguno de los caballeros del kaid se atreve á penetrar en el bosque: vengo á buscarte.

Partí con él, y al tercer día por la mañana me dirigía hácia el Meziour. Iba acompañado de Oumbarch-ben-Atman, hermano del kaid y de un spahis. Cuando llegamos á la cima de la montaña, percibí á la leona á distancia de doscientos metros. Quise marchar sobre sus huellas, pero Oumbarch me dijo: «El bosque donde se hallan los hijuelos está delante de nosotros; es preciso marchar; cuando seas dueño de los hijos, fácil te será matar á la madre con la ayuda de Dios.» Pensando del mismo modo que Oumbarch, me dirigí hácia el Ghela-ta-Debba, y despues de haber buscado en todos sentidos, encontramos al pié de un alcornoque, y sobre un lecho de hojas, una bellísima leoncita de un mes próximamente.

Despues de haberla enviado al chaíque, me dirigí hácia el aduar de Mohamed-ben-Ahmed, situado cerca de allí, para tomar algun alimento y esperar la puesta del sol.

Volví hácia el árbol donde habíamos encontrado la pequeña leona, esperando ver llegar muy pronto á la madre. Oumbarch había querido

acompañarme. Serían las ocho de la noche cuando oí el grito de un leoncillo en el fondo del bosque, y algunos momentos despues fui dueño también de aquel inocente. En vano esperé toda la noche; la madre no volvió. Al siguiente día registramos toda la montaña sin encontrarla, y esperamos en vano una segunda noche. Segun mis cálculos la leona debió volver mientras nos fuimos al aduar, y no encontrando á sus hijos y viendo que el leoncillo había abandonado su sitio, marchó á buscarlos por otras partes, y no encontrándolos huyó de un lugar en que comprendía le habían sido robados sus hijuelos.

Temiendo por el cuidado de estos últimos me apresuré á volver á Ghelma. La leona ha estado bastante enferma, pero vá mejor; en cuanto al leon, promete mucho; le he bautizado con el nombre de Huberto.

Recibid, Sr. Director, mi distinguida consideración, y credme vuestro más respetuoso hermano en San Huberto

JULIO GERARD

P. S. Me llaman en el país del Oued-el-Ahrouit para una expedición semejante. Parto hoy mismo. Adios.

## UNA CACERÍA EN ANDALUCÍA.

(Conclusion.)

En el portal ya reunida toda la cohorte guerrera, que jura el exterminio de los inocentes é inofensivos conejos, toma la batuta el de la rubia y rizada cabellera, y es el director de la cacería.

—¿Quiénes van *detrás* y quiénes *delante*? exclamaba el rubio y simpático director.

Asunto es este algo difícilillo, y que no es fácil resolver por el momento.

Todos tenemos nuestros ribetes de tirador por más que no le demos á un buey: aquello de estar en la *ballesta* aguardando al que se *escurre*, tiene algo de infamante y..... no, por Dios, cumple más á los tímbrs del cazador ir *detrás* en el *jucheo*, y en buena lid, y entre voces, ladridos y algazara; *llamar candela* á esos diablillos que *juyen más que la luz*..... El menos pretencioso piensa para sí; y si en el *jucheo* le *suelto castaña* á un perro.... y sobre todo el gusto de verlos rodar impune oculto trás de un lentisco....

En breves minutos se hacen en silencio tales ratiocinios, y al fin queda decidida la partida. Cada cual escoge su puesto, y desde entonces queda marcada la gran línea divisoria entre *chambones* y *buenos aficionados*.

Así son todas las cosas de este mundo, y así se adquieren esas reputaciones que el vulgo, en su buen criterio, suele llamar usurpadas.

La realidad es que entre la primera categoría,

ó sea la de chambones, suelen colocarse muchos *cucos* que satisfacen su amor propio matándolos *ligeros*, tan vivos como detrás, al paso que aprovechan muchos tiros de *mogollon*, de aquellos que entran *gazaponando*; mientras que los que figuran entre los buenos aficionados largan cada escopetazo al suelo que tiembla el orbe, viniendo también á recurrir al sistema de *cucueo* cuando hay que presentar algunas piezas en honor del pabellon; para lo cual, tomando un *ala* y yendo un poquito *adelantados*, se paran en los claros á *medio viento*, y guardando un silencio sepulcral, *fusilan los escurridos*. Hay más: no falta alguno de estos buenos aficionados que viendo venir un perro con un conejo en la boca, miran á derecha é izquierda, y viendo que no le observan, larga un *zambuyonazo* al suelo, y corriendo unos pasos adelante, con toda la fuerza de sus pulmones, grita: *¡aquí!.... aquí!.... aquí!.... aquí!.... vamos, tráelo!* el perro, al tiro y las voces sueltas el *bicho*, y el buen aficionado, cogiéndolo triunfante del suelo, le quiebra una pierna y se lo cuelga al *tahall*.

Pero como ha de ser: el mundo y la sociedad tienen sus reglas y su criterio para juzgar al hombre, y seamos nosotros los primeros en respetar sus arcanos.

El director dá sus órdenes á los criados y perberos, les marca la entrada para las ballestas y el punto donde deben soltar la jauría, y recomendando á todos el silencio para que la caza no salga de las *camas*, marcha delante, suelta al aire la *meleña* que hondea y juguetea, triunfante, orgulloso é imponente como el Gran Capitán cuando marchaba con su ejército al frente de las Pirámides.

Ojeando los puestos, y teniendo muy en cuenta que el viento sea de cara á las ballestas, va marcando á cada cual el suyo; y recomendando la astucia é inamovilidad, advierte á cada uno á *sotto voce*, allí, aquella *vereda*, ojo al *caleron*, mucho *pesqui* á este *canil* que es un *saltadero* y *huida* cierta..... buen ojo, señores, y fuego á todo el que asome.

Queda el ala constituida en forma de semicírculo, y sonando el pito del director dase suelta á la jauría, que cual legiones de hambrientos y rabiosos lobos, dispáranse por distintas y encontradas direcciones; y empieza entonces la zambra de ladridos, y el bullicio atronador que armoniza de un modo siniestro con el grito de los *batidores* que *jalean* á los podencos, y allí fué Troya..... Un fuego nutridísimo empieza por los puntos avanzados de las ballestas, generalizándose después por toda el ala; las *escopetas* de los *batidores* parecen mudas, y entre el fuego de los puestos y los *latidos* de los podencos resuenan las voces de los perreros, que desaforados gritan..... *perro ahí, pulia, careta, ahí lo he visto, adelante va, ya, ya, yai!.... yai, yai!....*

Empieza á decaer el fuego, y las nubes de humo son ya ménos densas..... es que la caza, amedrantada con el fuego vivísimo que siente hacia delante, se *aplasta* y se *agazapa* entre las matas. Pero los *batidores* avanzan, y no hay remedio para esos pobres cuadrúpedos: los buenos perros *jacheadores* siguen la pista de la caza que va escurrida; los podencos *llamadores de parado* dan con ella, y la escena se reanima con nuevo calor y entusiasmo. Las ballestas vuelven á tronar con ímpetu, y la caza, obligada entonces, retrocede, encontrándose con las escopetas de los *batidores*, que léjos entonces de estar mudas, despiden rayos y exterminio.....

Corre á torrentes la sangre conejil, y..... ¡qué soberbia escena para el pincel de Velazquez ó la pluma de Espronceda!!

Fijas en un punto las ballestas en larga línea colocadas, vomitan fuego y metralla á torrentes, al paso que avanzando la batida responde al fuego de delante, en medio de la terrible gritería y del calor de la batalla.

Pero, Santo Dios, ¿por qué baila y manotea Tercerillas en medio del fuego del combate? ¿Por qué su arma está muda, arrojada en la arena con desprecio, cual mueble inútil é impotente?

¡Oh, oh! y el puesto número tres que debe ocupar Carrasco, en silencio ha estado: mucha caza por él se ha *vaciado*, y ni un tiro ha sonado.

Calló el fuego: la gritería cesó. El director grita: «¿qué diablos pasa á Tercerillas y Carrasco?»

Enfurecido aquel, exclama; que su escopeta no daba fuego por más que de *mistos* le ha mudado.

Sueltan todos en coro la carcajada, y los que estaban en el secreto murmuran al oído de los demás..... «es que Tello vertió aguas en el pistón.....»

¿Pero y Carrasco, que es de él?

Constante en su sistema de aburrirse de todo, se había echado á dormir tranquilo al pié del maton donde debió ponerse de centinela, y mientras roncaba á placer, un conejo le había roído las suelas de las botas.

—Bravo, muchachos, grita entusiasmado el director: ciento cincuenta y dos tiros han largado las ballestas, y sesenta y tantos los de atrás; á ver, veamos..... ¡huf!.... santo Cristo!.... total de cadáveres, cinco pares.

—No es exacto, prorrumpe con gravedad el doctor Sancho: dos *chusqueles*..... *inclinato capite*....

Empiezan á toser con disimulo Coquito y Lindorito, y haciéndose los desentendidos y restregándose las manos, van escurriéndose del grupo hasta quitarse de enmedio.

El público suspicaz que los vé *guillarse*, dá á reír con desenfado y algazara; empieza la broma

y la chifla, y todos gritan:—Sí, sí, ellos son los canicidas....

—Pero, voto al diablo, señores, grita el director; pasan de doscientos los tiros, y.... ¡qué vergüenza!

El rubor cubre la frente de todos los campeones, y cada cual procura vindicarse del cargo que á todos ellos es general. Uno dice que la pólvora es muy fuerte; otro lo achaca al viento; aquel asegura que su escopeta estaba sucia; este otro se escuda con sus tiros, diciendo que casi todos se le fueron *deslanados*, habiendo quien pretesta hasta un síncope ó un baido; y á este tenor ábrese un bellísimo y original capítulo de disculpas que, como dijo el otro, más vale creello que averiguallo.

—Bien está, caballeros, lo comprendo; insiste el director; yo bien sé que el baile, el mostagan y el polo hacen prodigios.

Picadillo el amor propio, todos hacen esfuerzos por cumplir en la segunda batida ó juecho, y.... ya esto es otra cosa: treinta pares son los trofeos de esta segunda jornada, y el lance se celebra sobre la verde alfombra, bailando Joselito *La Negra* y concluyendo con el almuerzo al aire libre, en el que no escasean ni los brindis, ni la broma, ni el rico amontillado, ni las buenas brevas ó vegueros de Cabañas.

Y.... ya sabeis lo demás, mis queridos compañeros: siguen unas tras otras las batidas hasta que la noche llega, y ninguno de vosotros ignorais que el rato de *fogaril* despues de la comida ó cena es de una necesidad absoluta entre cazadores. Allí, todos lo sabeis, y no hay que ruborizarse; allí se miente, como suele decirse, á casquete quitado, á ciencia y paciencia del prójimo, que ve rodar las bolas sobre su cabeza, y que por pura etiqueta está obligado á hacer un signo de asentimiento, de interés y de sorpresa, porque no de otro modo puede prosperar el derecho, que es general é innato en todos, de hacer correr sus *bulos* con universal aceptación, bulos ó mentiras que, si bien se escuchan con interés aparente, son sin embargo olvidados desde el momento en que se oyen, lo cual dá el triple derecho de repetirlos á mansalva en otra cacería, sin que nadie les niegue ni la novedad ni la autenticidad.

Pues si todo esto lo sabeis, lo que ignorais sin duda es la manera singular y extraña que tuvo de terminar esta célebre cacería, final originalísimo que, si no os parezco pesado y enojoso, y la memoria de mis pasadas mocedades no me es infiel, os referiré en el siguiente capítulo.

## VI.

Como que en este país, segun cuentan las añejas crónicas, abundaron en otros tiempos los ni-

gromantes, las brujas, las almas en pena y los duendes, todavía quedan restos de alguna que otra ardorosa fantasía, que á la faz empero del siglo de las luces, sueña, vé, palpa y se levanta crispado el cabello y extraviada la mirada, al oir la voz misteriosa de un escarabajo alado y monstruoso, ó el canto lúgubre de una hada que á pasos gigantescos y cubierta con negro manto atraviesa rápida el firmamento en las noches de lluvia y tempestad.

Si á nosotros, míseros y oscuros cronistas nos fuera dado levantar el velo de la misteriosa antigüedad; si poseyéramos la vara mágica de aquellos gigantones andaluces, que á su voz ó su mirada hacian caer hechos trozos los inmensos sillares de los puentes, á cuya terrible sacudida é inmersión en las aguas de los rios aparecía por arte de Satan el grandioso pórtico de un palacio submarino; si de aquellos magos obtuviéramos el omnimodo y misterioso poder, y en las ruinas penetráramos de aquellos castillos, de aquellas casas solariegas, de aquellos palacios y aquellas torres de atalaya, restos que todavía se ven en medio de nuestros pueblos, de nuestros bosques y de nuestras playas; y si al contacto mágico de nuestras plantas viéramos levantarse del polvo aquellos negros é inmensos muros, abrirse las tumbas de los subterráneos y tomar vida y movimiento aquellas cenizas de lo pasado; si ostentando nuestro mágico talisman interrogáramos á las siniestras aves moradoras de aquellas vetustas ruinas; si con acento imperioso le dijéramos: «Tú, asqueroso buho, que en las noches de huracan lloras con eco lúgubre tus plegarias; y tu, rapaz lechuza, que gritas con siniestra alegría á las ráfagas moribundas de la lámpara que se apaga, volved á vuestro primitivo ser, que yo os conjuro, que yo os lo mando; hablad....»

¡Ah! viérais entonces con ronco bramido caer las plumas de aquellas aves, que cual rayos de fuego llevaban silbando y bramando el viento; viérais que mil ninfas de sin par belleza, saliendo de los resquicios de aquellos muros, con ropajes de crespon y gasa que dibujaban sus blancas y sonrosadas formas, sueltas al aire flotando sus rubias cabelleras y entonando cantares de argentinas melodías, con sus guirnaldas de rosas y alelías, tocaban el pico y las garras del buho y la lechuza: viérais de pronto súbita, refulgente y esplendorosa luz, y al grito siniestro de un águila imperial de dorado y brillante plumaje, viérais que el buho y la lechuza se evaporaban, y tomando forma humana, entre el estruendo pavoroso de cadenas que hechas pedazos caian con estrépito sobre el marmóreo pavimento, viérais estupefacto la más hermosa y juvenil pareja que jamás vuestra fantasía hubiera en sueño imaginado. Él, galán hermoso, de bella y fantás-

tica apostura: ella, hermosa dama de tiernísimos abries, que llena de amor y de pasión en el brazo del mancebo se apoyaba.

Y en medio de doncellas, damas de palacio, y mayordomos, y tercios de guerreros, y músicas militares, viérais al pueblo feudal, que de rodillas lloraba, cantaba y victoreaba á sus señores.... Oiríais el extraño pregon que á compás de los tambores retumbaba por las torres del castillo.... «Vivan nuestros señores el duque de Papiirronquillo y la duquesa de Panzafria, que luen-gos siglos fueran aves de rapiña por los hechizos del gigante Quimaquimon.»

Se me figura estar viendo en estos momentos las sonrisas burlonas de mis compañeros de afición, al par que se me antoja oír la exclamación de alguno que otro, que un tanto amostazado reniega de los cuentos de brujas y de enanos; no oscureciéndoseme tampoco la acción de aquel, que enojado y despechado de ver tanto desatino y tan escasa unidad de pensamiento, arroja con enfado el número de LA CAZA que contiene la presente descripción.

¡Oh! sí, sí, yo también me río, mis queridos compañeros, y me río porque comprendo que os sobra la paciencia y la razón, y porque yo mismo no acierto á explicarme por qué diablos habrá corrido mi pluma en giros tan extraños, cuando buscando el final de la célebre cacería vino á tropezar con los magos, los hechizos y sortilegios.

Pero vamos despacio, señores; ahora se me ocurre que su razón de ser llevaba el giro extraño de mi pluma, y hélo aquí.

Como pudiera sorprenderos el fin un tanto trágico, y lo inusitado y maravilloso de la escena final del alegre y festivo drama, ha habido necesidad de evocar los recuerdos de los pasados tiempos, donde los hechizos y encantamientos se hallaban á la orden del día, para que la razón comprenda sin esfuerzos que nada puede haber de extraño y desusado en un país en donde los magos y nigromantes imperaron por todo el reino, y en el que, á manera del gusano de la polilla, dejaron fecundos gérmenes, que solo el tiempo y los siglos venideros podrán ir estirpando poco á poco.

Era el tercer día de caza: el penúltimo de los presupuestados, y ciento treinta y tantos pares de cándidos y desgraciados conejos aparecían colgados en la inmensa cuerda de la casita del coto.

Por ese misterioso secreto de la naturaleza, por esa oscura analogía y enlace de los sucesos terrestres con los elementos, el día aparecía encapotado: el sol jugaba y se escondía tras de negriscos y gigantes nubarrones; soplaban airado el viento; retumbaba el trueno en lontananza, y al-

gun que otro chubasco, en densa y nutrida lluvia, caía con estrépito sobre las carrascas y lentiscos.

El artista Tercerillas era el héroe de la fiesta: el de la rubia y graciosa cabellera había resignado el mando, y era aquel el director de la batida de aquel día.

Colocadas las ballestas en lo alto del cerro del Diablo, en cuya cúspide se dibujaba la esbelta figura del artista coreográfico, esperaba desde la falda la batida aguardando para entrar, la señal del director: dála este con dos pasos pronunciados de boleras jaleadas, y suelta la jauría, entran y se confunden entre los espesos matorrales del monte.

Todo se hallaba en silencio: ni un tiro, ni una voz sonaba, y los perros parecían mudos.

Silbaba cada vez más recio el viento; el cielo se cubría más y más de negras y espesas nubes; desaparecía por momentos la luz del día, y una densa y oscura niebla, difundiéndose por todo el campo, dejó la escena sepultada en la más lúgubre oscuridad.

De pronto la luz fosfórica y azufrada de un relámpago ilumina el campo, y un trueno terrible retumba en medroso y repetido eco: los perros aullan espantados, y las ballestas y batidores, fijas é inmóviles en sus puestos, parecen figuras de frío y ceniciento mármol.

Un milano negro como la noche, terrible y corpulento como el avestruz, abriéndose paso por entre las negras y preñadas nubes, lanza un graznido fúnebre; y extendiendo sus inmensas alas, muestra sus garras, que sostienen una corona de camelias sonrosadas, de la que pende una cinta de raso blanco con caracteres de oropel que brillan á la luz de los relámpagos y que decían.... «A Tercerillas, académico de la lengua, rey de los amores.»

Vuela el milano, descubre su frente Tercerillas, y recibe en su sien la corona.

Suenan por el espacio los ecos de melodiosa orquesta que entona el cántico de amor de Marte y Venus: luz esplendorosa y refulgente brilla fugaz é ilumina el firmamento, y una ninfa de belleza seductora, cuyo ropage de tul y seda flota y ondea á merced del viento, sobre un caballo del color del fuego, saltando matas y breñales, atraviesa al escape por el monte... y el corcel, fatigoso y resoplando, la crin cubierta, tendida al aire la cola, corre que vuela sin tocar al suelo, y la ninfa tendida sobre el cuello, en voluptuosa apostura, reclinada, ostentando la flauta de Minerva, entona el canto dulce de Himeneo.

Y tras de la ninfa precursora marchan las Gracias en sus carrozas, que arrastran los ciervos blancos de Diana, y á la luz rojiza de sus antorchas arrojan flores que cubren el pavimento y que

inundan de perfumes y ambrosía al artista coronado.

Y un trueno terrible estalla.... y otro trueno.... luchan á muerte Vulcano y Júpiter.... Apolo rompe triunfante el tejido espeso de las nubes, y sobre su carro de fuego, azotando con la fusta á sus caballos, sale radiante y esplendente: huye medrosa á su presencia la negra tempestad; vuelve al campo la luz y la alegría, las aves cantan de placer y.... suena la voz de un postillon del otro mundo y el chasquido de un látigo que castiga á los corceles; y entre nubes de gasa, destellos de luces de mil colores y cantos de amor y de alegría, aparece una carroza cerrada, que como en alas del viento conducian seis potros de pieles lustrosas y atigradas, cuyas cabezas adornaban vistosos penachos de celestes y blancas plumas, y cubiertos sus lomos con ricas mantillas de tisú y oro.

Tercerillas, que desde lo alto del cerro divisa y conoce el carruaje, cual si llevara alas en los piés, huye ligero como el gamo herido, temeroso del encuentro, y más que del encuentro de la turba cazadora que le mira.

La carroza le alcanza en su carrera: pasan los caballos jadeantes y espumosos, y Tercerillas, trémulo y tembloroso mira la ventanilla del coche, que descorrida la cortina presenta una cabeza femenina cubierta con negro velo.

Miranse de hito en hito: suspira el galante cazador, y la dama tambien suspira con ronco son: flaquean las piernas del artista al dar un paso del baile inglés, y cae en los brazos del doctor Sancho, que acude presuroso al ver que bambolean tropezaba y caía al suelo.

Ábrese con estrépito la portezuela del coche, y una dama rolliza y algo obesa, ceñida su sien de frescas y rosadas camelias, encubierta con un velo que pende de su peinado y la envuelve hasta los piés, y seguida de seis vestales de rara y original belleza, arrójase al blando césped, y con ademán trágico, acento conmovido y voz de barítono ó soprano, exclama.... Ven Tercerillas, émulo de Petipá; ven y no huyas, ingrato, de este amor, que es mi vida.... Ahí tienes, perjuero, las llaves de mis castillos.... (y arroja á sus piés un manojo de limpiísimas y usadas llaves) sé tú el dueño de mis haciendas, de los mil molinos que yo exploto.... y que una sonrisa de tus labios de coral sea el premio de este casto, intenso y puro amor....

El doctor abría tanto ojo al oír tamañas dádivas, y al ver las llaves de los tesoros de la dama, empezó con disimulo á darles con el pié pugnando por acercarlas hácia sí, mientras que los demás escuchaban embebecidos las plegarias de la dama.

Tercerillas, temblando de emocion, apenas pue-

de balbucear su lábio esta sentida y estropeada frase italiana.... *io ti adoro, anima mia dilcetata*.... Y al acabar de pronunciarla cae sobre la fresca yerba desmayado.

La dama entonces corre tremula hácia el desmayado artista, y acerca á su nariz un pomo de delicada esencia.... ¡Más ay! que el viento traidor levantara aleve el velo que encubría su faz.... y.... ¡Horror, pavor, maldicion!

Tenia un ojo inyectado en sangre y terriblemente amoratado. . . . .

Reune la dama todas sus fuerzas, que no eran pocas, coge á Tercerillas en sus brazos, y con tan preciosa carga abanza hacia el carruaje, por en medio de las vestales, que respetuosas le abrian paso, y de un brinco penetra en la carroza, depositando en los mullidos cogines el cuerpo inerte de su amado.

La portezuela permanece abierta esperando la entrada de las vestales, que entretenidas miraban sonriendo ciertas señas del sargento y de Carrasco.... Mas á un grito de la robusta dama, penetran rápidas las deidades vaporosas, y á un chasquido del látigo parten como el rayo los corceles; y dama y ninfas y carroza, por entre nubes de fuego y meteoros luminosos, se pierden y confunden entre el follage y las malezas.

¡Más ay, ley tiránica de la inflexible naturaleza! Las vestales al partir no dejaban de asomar sus cabezas hechiceras por las portezuelas del coche. El sargento sin pestañear miraba: Carrasco se deshacia en puro y venerando fuego: Tello á hurtadillas y de reojo tambien miraba, y el buen Mastuerzo, latente el corazon, no apartaba sus ojos del polvo que la carroza en su marcha despidiera.

El pañuelo blanco y perfumado de una vestal distínguese apenas por una de las ventanillas, y agitado por una mano bellísima, blanca y pudorosa, ondea y juguetea á capricho del viento.

No hubo menester más: ese fué el toque de generala. El sargento salta como un gamo, y echa á correr desalado tras la pista de la carroza: Carrasco dá sueltas á sus largas piernas de poderosa ave zancuda: Coquito, á manera de podenco, sale por las huellas á escape; y Lindoro y el Mastuerzo, y hasta el respetable doctor Sancho, corren á cual más puede tras las rodadas del coche.... Y así como una familia de galgos que corren desalados tras la liebre fugitiva, y que á fuerza de correr van unos en pos de otros formando *soga* á medida de sus fuerzas y de sus piernas, así la turba cazadora corría y mas corría, y.... la carrera se evaporó.

N. MATEOS Y FUENTES.

## BIOGRAFÍAS DE CAZADORES CÉLEBRES.

ADOLFO DELEGORGUE,

EL MATADOR DE ELEFANTES.

(Conclusion.)

Ciertamente es digno de figurar al lado del hombre, el animal que se alimenta de carnes pútridas ó corrompidas..... el animal que no busca nunca el combate pero que le acepta siempre.

¡Singular coincidencia! En tanto que Julio Gerard ejercía su intrepidez contra los leones del Norte del África, Delegorgue su émulo, continuando en el Sur sus audaces exploraciones, tenía también incesantes encuentros con los leones. Pero en el Cabo, el dominio de este rey de los animales no se consigue sino después de sangrientas luchas. El elefante, el rinoceronte y el hipopótamo, sobrepujan á veces su poder y su carácter: en esta parte del África parece haber perdido un poco de esa audacia que distingue á los viejos leones del Atlas. Los africanos del Sur lo saben muy bien, y por eso juzgan su victoria sobre el león menos gloriosa que sobre el elefante y rinoceronte.

¡Qué coincidencia tan perfecta entre los dos intrépidos cazadores, Delegorgue, y Julio Gerard!.... ¡Qué modestia!.... ¡Qué naturalidad en sus relaciones!

De hoy en adelante las reglas para la caza del león pueden ser descritas y analizadas con tanta precisión como las necesarias para la del animal más tímido. Sus costumbres, sus instintos, sus astucias, sus trasportes generosos ó sanguinarios, son ya dominio de la ciencia. Sabemos que el hombre es para el león una presa, un comensal ó un enemigo; que el león viejo tiene su rugido de guerra y su rugido de amor; que los grandes carnívoros, exceptuando el tigre, no atacan jamás sin ser provocados por el hombre y á la luz del día. Delegorgue afirma:

Que esta timidez providencial llega al punto de que el león suspende sus ataques hasta que la luna alumbra el campo de sus rapiñas.

Que en tales condiciones, un niño podría pasar impunemente por la boca de su cueva; pero desgraciado el que le asusta, porque el espanto produce la cólera.

Que es preciso apuntar á todos los grandes carnívoros á la cabeza para que su muerte sea instantánea. La agonía centuplica las fuerzas, y la del león es terrible: tantos cazadores han sido víctimas de la muerte aparente de un animal peligroso, que es importante tener en cuenta que la señal inequívoca de la muerte de un animal, es el ver que sus patas se estiran y quedan inmóviles.

Que es prudente, si no puede evitarse la lucha,

no disparar sobre un león á ménos de veinte metros de distancia, pues los prácticos aseguran que este animal herido en el corazón, conserva aún fuerza bastante para dar un salto de quince metros.

Que una bala de plomo mezclada con estaño es preferible al lingote de hierro, reconocido por muy ligero, á pesar del uso heroico que Julio Gerard hace de este proyectil.

Por último, cazador, naturalista y filósofo á la vez, pagando un religioso tributo á todos los seres de la creación, reconoce la incontestable utilidad del león, de sus apetitos conservadores, sin los que las bandas de anfitriones y otros animales no dejarían una sola yerba á los domésticos, que son la única riqueza de algunos pueblos.

El lobo es enemigo mortal de la oveja, mientras que el león, si bien al precio de un diezmo real, protege á la oveja persiguiendo de muerte al lobo.

¡Y pensar que se ha arrebatado al nombre de león su significación gloriosa! Si el buen sentido es el génio de las masas, como se pretende, las masas no pueden sancionar tal profanación: llamada *lion* (león) á un Rolando, á un Ricardo corazón de león, á un rasgo de la guerra; pero no prostituyais este valeroso nombre, dándole al ser más afeminado de vuestros salones (1).

A decir verdad, no sería un verdadero cazador de leones el que cometiera tal blasfemia, y mucho ménos el que ha poseído el primero las reglas invariables de una caza que domina á todas: la hora, el lugar, el encuentro, el ataque, la retirada ó la victoria, todo ha sido previsto: la naturaleza ha sido sorprendida y estudiada con una lucidez perfecta, en uno de esos instantes solemnes en que la vida del hombre y la del león se hallan agitados por una misma emoción.

Yo hubiera podido gozar á mi placer de las nobles emociones de esta caza verdaderamente real; pero rehusé la invitación que me dirigió Julio Gerard, porque, hablando con toda franqueza, *he tenido miedo*; sí, miedo de experimentar esa especie de fiebre sin ninguna alegría, conocida solo de los cazadores de fieras; y á fé mía, peligro por peligro, he preferido atenerme á los que corremos en nuestros climas.

¡Ah! Mi noble historiador, mi valeroso Némrod, Julio Janin tiene razón: está á muchos pies sobre mí, y lo confieso en alta voz, de él á mí hay tanta diferencia como del elefante al hortelano (2).

(1) *Lion* significa león, pero los franceses usan también esta palabra para calificar al joven petrimetre.—(Nota del traductor.)

(2) *Hortelano*: pájaro muy regalado que también se llama verduela.—(Nota del traductor.)

¡Ricos que cercáis vuestras tierras hasta las puertas de las ciudades, y no dejáis á vuestros hermanos en San Huberto más que los gorriones que arrojaís de vuestros sotos: respetad al hortelano, símbolo de humildad!

Y tú, lector, digno discípulo de San Huberto, si marchando sobre las huellas de nuestro valeroso hermano Adolfo Delegorgue, ambicionases adquirir una gloria igual á la suya, ya te he indicado el procedimiento que debes seguir.

Abandonar tu país natal, tus parientes, tus amigos, el mundo entero; despreciar los bienes de la tierra; desafiar las epidemias; penetrar sin defensa en pueblos bárbaros, inhospitalarios, supersticiosos ó crueles.... entonces, sacrificando la fortuna, la salud y la juventud, un hombre de corazón puede, recomendándose á las oraciones de los que más ame, partir á cazar el león y el elefante entre los cafres y los árabes.

Delegorgue, jóven, lleno de vida y de esperanza, partió para el Africa occidental en 1850, y costeando la Guinea no pudo resistir al deseo de explorar aquellas lagunas insalubres; esperaba, más dichoso que sus predecesores, encontrar el hipopótamo enano, cuyas huellas había perdido la ciencia hacia largo tiempo.

En vano el digno capitán, su amigo, se esforzó en disuadirle de su propósito; partió en una canoa, y volvió á la caída de la tarde.

Aquella expedición fatigosa, bajo un sol abrasador y en parajes en que se exhalan continuamente deletéreos miasmas, determinaron una fiebre ardiente, y algunos días más tarde el valiente capitán rogaba á Dios sobre los restos inanimados de Delegorgue, por el alma de su intrépido amigo, que sucumbió á los treinta y cuatro años en la travesía de Gorea al Gran Basam.

El enviado de la ciencia había sido mártir de su vocación por la caza.

He tenido ocasión de ver, á la llegada al Havre del navío *El Justo*, la cámara ocupada por mi pobre amigo durante su travesía; he tenido en mis manos sus valientes armas; he leído las sabias notas que había recogido, y conservo religiosamente en un cuadro su larga barba, recuerdo que el capitán del *Justo* tenía encargo de remitirme.

Para el descanso del cuerpo de aquel grande hombre era preciso un gran sepulcro.

Delegorgue tuvo por féretro el Océano.

A. D'HOUDETOT.

## EL PESCADOR PESCADO.

Á una docena de leguas de Munich, capital de la Baviera, que debe á S. M. Luis I el merecido título de la Nueva Atenas, se halla el hermoso lago de Tegernsee, cuya longitud, si mal no me acuerdo, es de unas dos leguas, por media legua

de ancho. Rodeado de frondosas montañas, algunas de ellas cubiertas de nieve aun en verano, es una residencia deliciosa en este tiempo, sobre todo para los aficionados á la pesca, que abunda extraordinariamente en sus profundas y azuladas aguas. En este punto determinamos pasar unos días un amigo antiguo mío con su señora, nuestros dos criados, mi perro y yo. Mi amigo, inglés, artista, naturalista y aficionado á todas las diversiones del campo; su señora, amable italiana, aficionada á todo lo bello, así en la naturaleza como en el arte; su doncella, francesa; mi criado, honrado y cachazudo alemán, antiguo soldado, útil para todo y tipo del buen sirviente (á quien no tengo aún á mi lado por haber tenido la desgracia de perderlo en la epidemia del cólera), y que nos cuidaba con inolvidable esmero y afecto. ¡Pobre Andrés, séale la tierra leve! Mi perro, *Terrier*, escocés de los que aquí llaman ratoneros, listo como una avispa, y acérrimo perseguidor de todas las alimañas; yo, gato de Madrid y criado en el extranjero, reuniendo todas las aficiones del campo y de la ciudad. Como todos éramos bastante filólogos para no necesitar intérprete, esta mezcla de razas daba más realce á nuestra conversacion, y ayudaba á nuestra diversion.

Tomamos una casita de forma suiza, sita casi en la orilla del lago, rodeada de un huerto poblado de árboles frutales, cuyos sabrosos frutos entraban en el arrendamiento de la casa, y nos proporcionaban agradables postres, que despues de comer cogiamos nosotros mismos, entreteniéndonos á veces en subir mi amigo y yo con un libro á alguna gruesa rama para leer un rato durante el calor, alternando los párrafos de una novela con las cerezas, que estaban en abundancia á nuestro alcance, mientras la señora preparaba el té cantando alguna bella armonía de Bellini ó de Schubert, y el perro esperaba que le echásemos algun fruto maduro ó que la señora le ofreciera algun trozo de azúcar, produciéndole ambas cosas un placer que demostraba con su expresiva fisonomía. Así pasaban nuestros días «tejidos de oro y seda,» como dice no recuerdo qué poeta, variados con escursiones en lancha por el trasparente lago, y paseos por las montañas á coger flores alpestres; dedicándonos por las mañanas mi amigo y yo á la pesca para ayudar á la variedad de nuestra mesa, y llevando una vida que despues de muchos años recuerdo con gusto y cierta tristeza, inclinándome á dar la razon á cierto personaje de un cuento de Torres, de quien afirman que

«..... era de aviso  
Que estaba en Alemania el Paraíso.»

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que nos hallábamos, como dijo cierta señora:

«Bien, muy bien, muy re-te-bien.»

¡Ricos que cercáis vuestras tierras hasta las puertas de las ciudades, y no dejáis á vuestros hermanos en San Huberto más que los gorriones que arrojaís de vuestros sotos: respetad al hortelano, símbolo de humildad!

Y tú, lector, digno discípulo de San Huberto, si marchando sobre las huellas de nuestro valeroso hermano Adolfo Delegorgue, ambicionases adquirir una gloria igual á la suya, ya te he indicado el procedimiento que debes seguir.

Abandonar tu país natal, tus parientes, tus amigos, el mundo entero; despreciar los bienes de la tierra; desafiar las epidemias; penetrar sin defensa en pueblos bárbaros, inhospitalarios, supersticiosos ó crueles.... entonces, sacrificando la fortuna, la salud y la juventud, un hombre de corazón puede, recomendándose á las oraciones de los que más ame, partir á cazar el león y el elefante entre los cafres y los árabes.

Delegorgue, jóven, lleno de vida y de esperanza, partió para el Africa occidental en 1850, y costeando la Guinea no pudo resistir al deseo de explorar aquellas lagunas insalubres; esperaba, más dichoso que sus predecesores, encontrar el hipopótamo enano, cuyas huellas había perdido la ciencia hacia largo tiempo.

En vano el digno capitán, su amigo, se esforzó en disuadirle de su propósito; partió en una canoa, y volvió á la caída de la tarde.

Aquella expedición fatigosa, bajo un sol abrasador y en parajes en que se exhalan continuamente deletéreos miasmas, determinaron una fiebre ardiente, y algunos días más tarde el valiente capitán rogaba á Dios sobre los restos inanimados de Delegorgue, por el alma de su intrépido amigo, que sucumbió á los treinta y cuatro años en la travesía de Gorea al Gran Basam.

El enviado de la ciencia había sido mártir de su vocación por la caza.

He tenido ocasión de ver, á la llegada al Havre del navío *El Justo*, la cámara ocupada por mi pobre amigo durante su travesía; he tenido en mis manos sus valientes armas; he leído las sabias notas que había recogido, y conservo religiosamente en un cuadro su larga barba, recuerdo que el capitán del *Justo* tenía encargo de remitirme.

Para el descanso del cuerpo de aquel grande hombre era preciso un gran sepulcro.

Delegorgue tuvo por féretro el Océano.

A. D'HOUDETOT.

## EL PESCADOR PESCADO.

Á una docena de leguas de Munich, capital de la Baviera, que debe á S. M. Luis I el merecido título de la Nueva Atenas, se halla el hermoso lago de Tegernsee, cuya longitud, si mal no me acuerdo, es de unas dos leguas, por media legua

de ancho. Rodeado de frondosas montañas, algunas de ellas cubiertas de nieve aun en verano, es una residencia deliciosa en este tiempo, sobre todo para los aficionados á la pesca, que abunda extraordinariamente en sus profundas y azuladas aguas. En este punto determinamos pasar unos días un amigo antiguo mío con su señora, nuestros dos criados, mi perro y yo. Mi amigo, inglés, artista, naturalista y aficionado á todas las diversiones del campo; su señora, amable italiana, aficionada á todo lo bello, así en la naturaleza como en el arte; su doncella, francesa; mi criado, honrado y cachazudo alemán, antiguo soldado, útil para todo y tipo del buen sirviente (á quien no tengo aún á mi lado por haber tenido la desgracia de perderlo en la epidemia del cólera), y que nos cuidaba con inolvidable esmero y afecto. ¡Pobre Andrés, séale la tierra leve! Mi perro, *Terrier*, escocés de los que aquí llaman ratoneros, listo como una avispa, y acérrimo perseguidor de todas las alimañas; yo, gato de Madrid y criado en el extranjero, reuniendo todas las aficiones del campo y de la ciudad. Como todos éramos bastante filólogos para no necesitar intérprete, esta mezcla de razas daba más realce á nuestra conversacion, y ayudaba á nuestra diversion.

Tomamos una casita de forma suiza, sita casi en la orilla del lago, rodeada de un huerto poblado de árboles frutales, cuyos sabrosos frutos entraban en el arrendamiento de la casa, y nos proporcionaban agradables postres, que despues de comer cogiamos nosotros mismos, entreteniéndonos á veces en subir mi amigo y yo con un libro á alguna gruesa rama para leer un rato durante el calor, alternando los párrafos de una novela con las cerezas, que estaban en abundancia á nuestro alcance, mientras la señora preparaba el té cantando alguna bella armonía de Bellini ó de Schubert, y el perro esperaba que le echásemos algun fruto maduro ó que la señora le ofreciera algun trozo de azúcar, produciéndole ambas cosas un placer que demostraba con su expresiva fisonomía. Así pasaban nuestros días «tejidos de oro y seda,» como dice no recuerdo qué poeta, variados con escursiones en lancha por el trasparente lago, y paseos por las montañas á coger flores alpestres; dedicándonos por las mañanas mi amigo y yo á la pesca para ayudar á la variedad de nuestra mesa, y llevando una vida que despues de muchos años recuerdo con gusto y cierta tristeza, inclinándome á dar la razon á cierto personaje de un cuento de Torres, de quien afirman que

«..... era de aviso  
Que estaba en Alemania el Paraíso.»

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que nos hallábamos, como dijo cierta señora:

«Bien, muy bien, muy re-te-bien.»

Un día, entre otros, es para mí memorable por una pequeña aventura en la que hice á mi pesar de protagonista. Salimos muy temprano con la lancha Spence, su señora, la doncella y yo, llevando los útiles de caza y pesca con intencion de ir á comer, en una casita de la otra orilla, una fritada de pececillos de la familia de los robalos que pululan en aquellas aguas. Dirigimonos, pues, hácia el sitio que nos pareció mejor, y despues de una hora de pesca, nos encontramos provistos de unos setenta peces algo menores que sardinas y muy gustosos en sarten. Haciendo ya bastante calor, é incomodando á la Signora Teresa el sol, nos fuimos al punto donde pensábamos comer, y desembarcando al sexo femenino para hacer tiempo para la comida, resolvimos continuar nuestra pesca en una pequeña bahía donde, bajo unos frondosos árboles y sobre un cesped aterciopelado, podriamos disfrutar simultáneamente de los placeres de fumar un par de buenos cigarros, y pescar algunos peces gordos que sabíamos frecuentaban aquella rinconada.

Saltando, pues, en tierra y debidamente sujeta nuestra barca á suficiente distancia para que no estorbase, en pocos minutos cazamos un puñado de saltamontes ó langostas para cebar, y nos tendimos cómodamente sobre la verde yerba bajo los árboles, á veinte pasos uno de otro y á la misma orilla del lago. La montaña se acercaba tanto en este punto, sobre todo donde yo estaba, que podia decirse que arrancaba su base del mismo fondo del lago en ángulo de cuarenta grados, de manera que á un paso de la orilla hay una vara de agua, y á dos pasos hay más de tres varas, y á los cuatro ó cinco pasos habrá quince ó veinte por el rápido declive. Encendimos nuestros cigarros, y echando al agua nuestros aparejos, esperamos con la calma y beatitud propia del fumador y pescador de caña, la suerte que nos deparara el más ó ménos apetito de los peces.

Tan pronto veíamos acercarse á nosotros una compañía de medianos, como algun patriarca acuático de cuatro ó cinco palmos de largo; hasta que cansados de esperar inútilmente (pues habiéndonos preparado exclusivamente para la pesca grande no podíamos coger los peces pequeños), arrullados por el murmullo de la brisa entre los árboles, cedimos á la influencia narcótica del calor y del tabaco, quedando en un estado de sopor entre poético y voluptuoso, que hubiera durado bastante si no hubiera sido bruscamente interrumpido, por hallarme yo de repente sumergido hasta el cuello en el agua sin saber lo que me pasaba. Como cualquiera puede figurarse, mi primer impulso fué lanzarme á la orilla, y despues de tomar tierra con algun trabajo, llamé á mi compañero, que acudió medio despierto, para

que me ayudase á recobrar mi caña que flotaba á pocos pasos de distancia en posicion casi vertical, por lo que comprendimos que algo tiraba del aparejo hácia abajo. Con su caña que trajo al momento, enganchamos la punta de la mia, y tirando de la cuerda corriente, al poco rato tuvimos el gusto de ver asomar á flor de agua un par de ojos como medios duros, engastados en una cabeza como la de un cordero, y despues un cuerpo pardo con reflejos plateados de una vara de largo. Este individuo era el que, tragándose el cebo con el anzuelo muy á su sabor, por estar yo dormido, al querer huir por sentirse herido en el estómago, habia dado tal sacudida al aparejo y á la caña, que rompió la última y me hizo perder equilibrio y caer al agua, dándome un baño general que gracias á la estacion no tuvo más consecuencias que dar motivo á bastantes bromas á mi costa.

Recogida la pesca y los trastos, nos fuimos á la casa donde nos esperaban; hice secar mi ropa, que por ser de verano tardó poco en enjugarse; comimos alegremente, y embarcándonos pusimos la proa hácia nuestra casa.

Cuando ya nos acercábamos á la orilla, vió Spence tres ó cuatro patos que se paseaban magistralmente cerca de un islote á corta distancia de la aldea de que formaba parte nuestra casa; y llamándome la atencion, tomé la escopeta, y haciendo rumbo hácia ellos con precaucion, llegamos á tiro, y con los dos de mi escopeta dejé á tres de ellos sin vida. Recogilos muy ufano, y despues de pasear un rato por el lago, nos fuimos al desembarcadero á dejar la lancha, encontrándonos con una buena campesina de la vecindad, que venia á reclamarnos el importe de los tres patos que yo habia matado, y á traernos el cuarto, mal herido, con el mismo objeto, pues eran mansos y de su propiedad, soltándolos de dia para que se buscaran la vida, y recogiendo ellos por sí al anochecer á su casa.

Como ella habia presenciado la escena desde la orilla, no hubo más remedio que pagárselos, y tener yo que sufrir las pullas que por ambos sucesos tuvieron á bien dirigirme mis amigos de Munich, á quienes Spence se los refirió, por supuesto en toda confianza y bajo sigilo. Afortunadamente en otras ocasiones pude tomar la revancha, y hemos quedado en paz.

R. A. M.

#### VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO,  
POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

—Ganaba ochocientos francos.

—Pues bueno; yo te doy mil escudos; si señor,

yo. Anda á ver si encuentras ningun empresario de teatros que te pague otro tanto.

Nada habia que decir contra esto en aquel momento. Tuve que hacer de tripas corazon, y callé.

—Ya está todo dispuesto, entró diciendo Picard.

—Aquí estoy yo, dijo Rina presentándose otra vez en su traje romano.

—Corriente: andando, dijo el capitán.

—¡Usseri, usseri! gritó de repente el ventero; y cada uno se precipitó como pudo por la escalera abajo.

—¡Oh! ¡Con mil demonios! dijo el capitán volviéndose hácia mi; ¿con que, segun veo, te dejaste ahí el violon?

Tuve tambien que agarrar el instrumento, y hubiera querido meterme dentro de él.

Al llegar á la puerta encontramos ensillados y corrientes los caballos.

—Muy bien, señor músico, me dijo Rina; ¿con que no me dá V. la mano para montar? ¡Qué poco galante!

Yo la alargué la mano casi maquinalmente para que se apoyase, y sentí que me metia en ella muy disimuladamente un papelito.

Aquello me dió un sudor frio de pies á cabeza, señores. ¿Qué podia decirme aquella mujer en su papel? ¿Bra alguna declaracion de amor? ¿Mi persona habia podido seducir á aquella bailarina? ¿Habria venido yo á ser rival del capitán? Intencion tuve de arrojar el papel; pero pudo más que todo la curiosidad, y me lo guardé en el bolsillo.

—¡Usseri, usseri! gritó otra vez el ventero.

En efecto, se oía ya á lo lejos en el camino real, un ruido sordo como el de una tropa que se adelanta á galope.

—Ea, pues, ¡pronto á caballo! ¡Arribal me dijo Picard agarrándome por la cruz de los calzones y ayudándome á subir.

—Bien está. —Ahora poned ahí el bajo sobre la silla, así. —Trae esa cuerda.

Y me ataron al violonchelo y á la silla. Dos de aquellos bandoleros tomaron la brida del caballo de Rina, y otros dos la del mio. El capitán con su carabina á la espalda echó á correr al lado de su amante; detrás íbamos Picard y yo, y en seguida venian corriendo todos los demás de la partida, que se componia lo ménos de quince ó diez y ocho hombres.

Nos dispararon cinco ó seis tiros de fusil á la distancia de trescientos pasos, y oímos silbar las balas bien cerca de nosotros.

—A la izquierda, dijo el capitán, á la izquierda.

Apenas dió la orden, nos separamos del camino, y nos metimos en una hondonada por la cual corria un torrente. Como era la primera vez que montaba á caballo, á pesar de aquellas ataduras, me agarraba con una mano al pescuezo y con otra á la cola. Es una fortuna verdaderamente que los caballos tengan tantas crines.

En cuanto llegamos á cierto sitio, el capitán mandó hacer alto: nos pusimos á escuchar, y oímos á los húsares que á todo escape pasaban por el camino real.

—¡Bravo! dijo Picard; si siguen el paso que llevan, temprano llegarán á Grossetto.

—Vayan con mil diablos, dijo el capitán, y sigamos nosotros la orilla del torrente: con eso el ruido del agua no dejará oír el de nuestros caballos.

Así anduvimos por espacio de hora y media muy cerca, y encontramos otro arroyo pequeño que se reunia con el nuestro.

—¿Es este el Orcia? preguntó en voz baja el capitán.

—No, no, respondió Picard: este es el Orbia, el otro está cuatro millas más abajo.

Seguimos andando, y despues de una hora encontramos efectivamente otro segundo torrente, que venia á desembocar en el nuestro, convertido ya en un gran rio. Ya vé V., M. Mery, que solo el Var es el que está siempre pidiendo agua.

—¡Ah! ya sé donde estamos, dijo el capitán. Ahora á la izquierda.

Esta maniobra fué prontamente ejecutada, y á las cuatro de la mañana atravesamos un camino muy ancho.

—¡Vamos, vamos! ¡Animo! dijo Picard que me oía de cuando en cuando algun suspiro; ya estamos en el camino de Siennes, y dentro de hora y media llegaremos á Chianciano.

Como Vds. se figurarán, no hicimos más que atravesar aquel camino, huyendo de los parajes concurridos.

A unos mil pasos nos volvimos á meter en la montaña, y segun lo habia dicho Picard, al cabo de hora y media, es decir, al apuntar el dia, llegamos á Chianciano. El posadero nos recibió como si nos estuviera esperando; parecia que éramos parroquianos.

Habiamos estado caminando unas doce horas, y segun el cálculo que podia hacer de las distancias, me pareció que habiamos andado unas veinte leguas.

Por fin paramos y nos bajaron del caballo á mí y al violon. Estaba yo tan tieso como él.

Los bandoleros pidieron de almorzar, y yo solo pedí donde tenderme.

Me llevaron á un gabinetito que tenia una sola ventana con reja, y cuya puerta comunicaba á la pieza donde los ladrones iban á almorzar: por consiguiente no habia resquicio ni medio alguno por donde escaparse: y aunque lo hubiera podido y querido hacer, era imposible. Estaba molido, hecho mil pedazos.

Al quitarme los calzones (entonces se llevaban todavía calzones; aunque yo los he usado, señores, hasta 1830); al quitarme los calzones, me acordé del papel que me habia puesto en la mano Rina, y que habia olvidado durante nuestro viaje nocturno: es verdad, que aunque me hubiera acordado, en la oscuridad de la noche habria sido imposible leerlo.

Aquel papel era un billetito, escrito con lápiz y concebido en estos terminos:

(Continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Muy señor mio y amigo: Ayer amaneció el tiempo nublado, llovió y reinó un viento muy fresco.

Los cazadores preparáronse, ó mejor diré, se extendieron por la costa esperando la entrada de las codornices. Verificóse esta en número extraordinario, cosa que hacia años que no se habian visto tantas.

No cesó en todo el dia el tiroteo, y algunos cientos cayeron.

Se lo comunico para que, si V. tiene á bien insertarlo en su apreciada Revista, llegue á conocimiento de nuestros compañeros de caza. Si se verificara otra entrada se lo participaré á V.

Disponga V. como guste de su compañero y amigo Q. S. M. B.

Luis Piqué.

Tarragona 2 de Mayo de 1867.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Muy señor mío: Aquí hemos tenido hoy un buen paso de tórtolas; parecia una guerrilla la puerta de Tierra ó sea las afueras de la poblacion. Este paso dura todo el mes de Mayo, y haciendo Levante, como en la actualidad, es mucha la diversion, porque se matan fácilmente un par de docenas en poco rato, sin dejar de haber muy buenas plumadas, pues son muchas las escopetas; y por cierto que no sé como no hay algunas desgracias.

Es de V. afectísimo amigo

R. A. y Solís.

Cádiz 2 de Mayo de 1867.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Muy señor mío: Suplico á V. que no cese de instar á quien corresponde, que se observe la veda como se debe, pues que en esta villa se está destruyendo la poca caza que hay por los muchos abusos que se cometen en salir con perros y hurones, y tambien hay muchos perseguidores de nidos, que despues de coger la hembra sacan los huevos. Yo, para evitar el mal lo posible, he ofrecido una peseta por cada nido que me enseñen.

Por otra parte creo que á todo pastor, en tiempo de veda, debia prohibirsele llevar perros galgos y conejeros, pues estos destruyen muchos nidos de perdices; así es que entre una y otra cosa, y los muchos aficionados que hay al reclamo macho, se está exterminando nuestra diversion favorita, que tanto halaga al que caza á su debido tiempo y por diversion.

El presente año nos hemos divertido más que otros con la entrada de codornices, que ha sido muy abundante y aún sigue, aunque ya van disminuyendo.

De V. afectísimo amigo

UN SUSCRITOR.

Villanueva y Geltrú, 4 de Mayo de 1867.

## CRONICA.

En estos momentos se ocupa la Junta general de ganaderos del Reino, de la solicitud que presentó hace tiempo al señor ministro de Fomento nuestro Director. Dentro de pocos dias habrá emitido dicha corporacion el informe que se le ha pedido.

En la instancia se solicitaba, como saben nuestros lectores, la adopcion de medidas encaminadas al fomento de la caza y á la estincion de animales dañinos. Nos confiamos á la ilustracion de los individuos que componen la Junta de ganaderos, y nos anima la esperanza de que contribuirá al logro de nuestros deseos, que son los de los ganaderos y dueños de terrenos de caza.

*El Triunfo Granadino* dice que la falta de la guardia rural se nota más cada día en aquella provincia, donde la propiedad se ve expuesta, porque los guardas jurados que la custodian carecen de fuerza para oponerse y estirpar los abusos que sin cesar se cometen.

La comision ejecutiva de la exposicion regional valenciana tiene ya reunidos más de mil moluscos de agua salada para el pequeño *aquarium* que se expondrá al público. Es una preciosa coleccion, como nunca se ha reunido en España.

Leemos en la *Correspondencia*:

«Nada ménos que veinte jabalíes, en su mayor parte de tomo y lomo, han muerto en los últimos meses los cazadores de Sopuerta en la jurisdiccion de aquel hermoso valle. Dias pasados mataron uno que pesó cerca de siete arrobas.»

Un amigo nuestro de Cieza (Murcia) nos manifiesta que es floja la entrada de cordonices, lo cual sucede siempre cuando, como en este año, es mala la cosecha.

Lo sentimos por los cazadores, por los agricultores y por los vecinos.

## ADVERTENCIAS.

Habiendo tenido que rehacer de nuevo los números 3.º y 4.º del primer tomo porque no venia bien la paginacion, suplicamos á los señores á quienes debemos remitir los nueve primeros números ó el tomo primero, que nos dispensen y aguarden diez ó doce dias, que es lo más que tardarán en recibirlos.

Memos repartido cuatro láminas en vez de tres pertenecientes al primer trimestre del segundo tomo, porque necesitado repetir, con algunas variaciones, tres de las que dimos en el primero, y cuya edicion se ha agotado, nos proponemos regalar dos además de las doce que corresponden á este tomo.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.